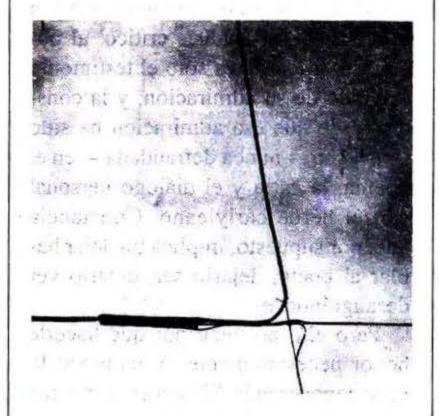
dad, movido más bien por su fervor religioso y su lealtad a la corona. Es bondadoso y, a pesar de todo, "profundamente humano, sincero y valiente" (pág. 25).



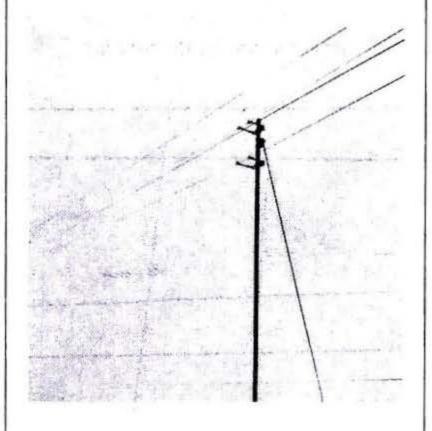
No deja de fantasear en sus informes el simpático curita. Cuenta que Dios lo defendió contra el ataque de doscientas nativas que lo atacaron con lanzas, machetes y palos, mientras los indios le disparaban innumerables flechas. Sólo una lanza arrojada por una "concubina" llevaba dirección de muerte, pero uno de los propios enemigos del cura, por designio divino, interpuso la "coz de su escopetta" en el trayecto del arma asesina, convenciendo así del carácter divino de su presencia; "aviéndole tirado más de doscienttos valazos las balas no le enttraban, ni las lanzas, ni las flechas..." (pág. 75). Imponía así su capacidad de persuasión e intimidación.

Transcurre la narración de aventuras y experiencias durante el viaje, arrasando con los vestigios indígenas que
encuentra a su paso en su afán por acabar con las pecaminosas formas de asociación en que se organizaban los indios. A medida que avanza va hallando
rancherías más organizadas, ricas en
cultivos y animales y con indicios de
haber sido ya colonizadas; sin embargo, en las notas finales pide auxilios
para continuar con la demolición y destrucción de los palenques y guamales
indígenas.

Quien quiera apreciar algo de las rudezas misionales del siglo XVIII y conocer sobre las costumbres aludidas en la presente reseña, puede acercarse a este libro, que, además —como mantiene "la ortografía y abreviaturas del

escribiente, quien como sabemos acompañaba al padre Palacios de la Vega en sus viajes" (pág. 10), con la construcción del castellano de la época—, puede resultar de interés por ser muy escasas las publicaciones actuales de textos antiguos que conservan su escritura original.

Concebido en la nota del nuevo editor como un homenaje póstumo a la memoria del profesor Gerardo Reichel-Dolmatoff, conserva la introducción publicada en la primera edición por este antropólogo, quien nos dejó valiosos aportes acerca del estudio de nuestra cultura milenaria; este proemio se constituye en una completa noticia de la actividad realizada por el franciscano en su comisión por las Indias y en un registro historiográfico del material documental relacionado con esta obra, todo lo cual complementa su valor, sumando además el apéndice de abreviaturas frecuentes y un glosario que considero muy breve, aunque no por ello carente de utilidad conceptual.



Una cosa me llamó la atención a lo largo de la lectura de este texto, aspecto que puede carecer de importancia pero que me voy a permitir utilizar para ilustrar mi conclusión: en el libro se aprecia el excesivo rigor de la burocracia española, reflejado en la expresión notarial con que finalizan las notas, fenómeno que ha dado hasta nuestra época, y entre nosotros, una importancia singular al documento rubricado. Así, para que esta reseña "constte, lo anotto y firmo de que certifico".

HERNÁN ÁDOLFO GALÁN CASANOVA

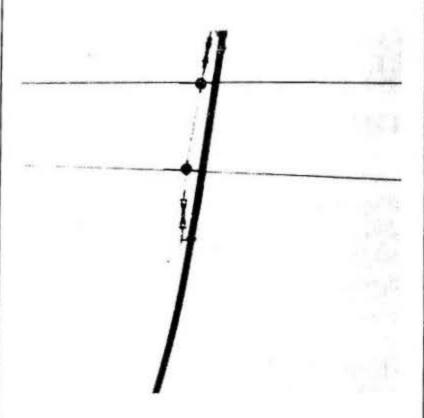
- Joseph Palacios de la Vega, Diario de viaje, Bogotá, A, B, C, 1955. (Editado por Gerardo Reichel-Dolmatoff).
- Gustavo Bell Lemus, Cartagena de Indias: De la Colonia a la República (Apéndice: "La universal relajación y corrupción de costumbres de los fieles. Informe del Obispo de Cartagena sobre el estado de la religión y la Iglesia en los pueblos de la Costa, 1781"), Santafé de Bogotá, Simón y Lola Guberek, 1991.
- Carmen Bravo-Villasante, La maravilla de América. Los cronistas de Indias. Madrid (España), Instituto de Cooperación Iberoamericana, Ediciones Cultura Hispánica, 1985.

El patetismo como biografía

Biografía de una angustia Gustavo Páez Escobar Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá, 1994, 265 págs.

No quisiera exagerar —resultar demasiado patético- al decir que, en cierto sentido, esta biografía del poeta colombiano Germán Pardo García ha sido escrita por Germán Pardo García. Hay hombres hiperconscientes, hipervigilantes, para quienes, curiosamente, el pasado casi no existe, el análisis de la propia obra es irrelevante (porque ya su sentido es muy claro) y el presente es la afrontación, humanamente angustiosa, de la muerte. ¿Una autobiografía por la pluma de otro? El género no sería nada nuevo si recordamos algunas "biografías intelectuales" en que el biografiado ha escogido previamente a su biógrafo, a quien -piensa aquél- debiera más bien llamar su amanuense. Tal vez el género lo inauguren Alice Toklass y Gertrude Stein, o viceversa, pero más cerca de nosotros tenemos esa biografía rebelde de Sartre que elaboró Pierre Gerassi, en principio más ahijado que discípulo del ambiguo existencialista. Autobiografías o no, ellas ostentan un diálogo en el interior de vida y obra, lo cual supone, o bien un distanciamiento de los presuntos protagonistas, o bien un desdoblamiento bien entendido, suficientemente claro, del biografiado. En todo caso, no son un monólogo...

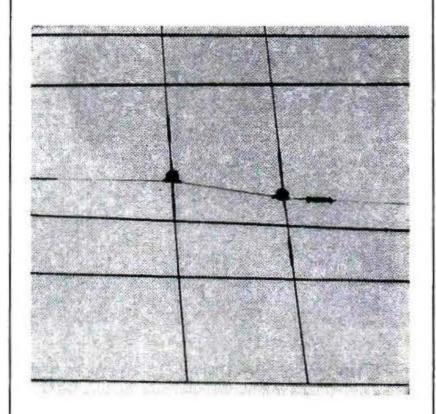
Monólogo parece esta biografía del señor Pardo García, o del señor Angustia o del señor Mayor Poeta Hispano-americano de los Últimos Tiempos o... El biógrafo ha caído en una trampa, en la telaraña de un espécimen humano que quizá no necesita de biografía: un poeta que desde sus primeros versos no paró de hablar de sí mismo, y ello a través de cerca de una cincuentena de títulos, aparecidos en 60 años de historia editorial.



El poeta de la angustia. No hay que dudarlo. No quiero seguir exagerando, pero abusando del "es propiedad" (que en los tradicionales y hermosos libros de la colección La Granada Entreabierta, del Caro y Cuervo, reemplaza el copyright) voy a transcribir una buena parrafada que corresponde al relato que hace el propio poeta del episodio de su intento de suicidio (o de uno de sus varios suicidios):

En efecto: el 29 de septiembre, día domingo, a las 5 de la mañana, en un trance de pavura, destrozado materialmente por la imagen de una mujer a la que sigo amando, sin recursos económicos suficientes para salir a la medianoche a desalojar mi angustia por medio del juego -he sido tahúr desde los 18 años-, me sobrevino una crisis salvaje, quizá como la de Silva, y me abrí las venas. Mi sangre quedó espantosamente regada por mi humilde apartamento, se regó de la vasija en que yo la veía acumularse, salió a la calle; un amigo

vio aquel drama, derribó la puerta y me arrastró moribundo hacia la Cruz Roja. Allá médicos eminentes enviados por la primera autoridad de la República me volvieron a la vida cuando ya mi corazón apenas tenía 25 pulsaciones. Me alojaron en un sanatorio, después fui a convalecer a la casa de una prima hermana mía, y al mes me levanté del sepulcro, como Lázaro, aterrado de vivir y de morir, me cambió la mirada, se me volvió honda y desolada, y toda mi estructura física y moral quedó modificada por completo. Por contraste, comencé a cantar como jamás lo había hecho, y Tempestad, la obra salida como una fiera hambrienta desde el fondo de mi padecer y de mi derrota, fue mi libro supremo, mi lenguaje adquirió una densidad desconocida y es el libro que no ha escrito aún ningún poeta. Se lo digo con humildad pero con soberbia, porque un gran poeta sin soberbia es como un águila sin alas.



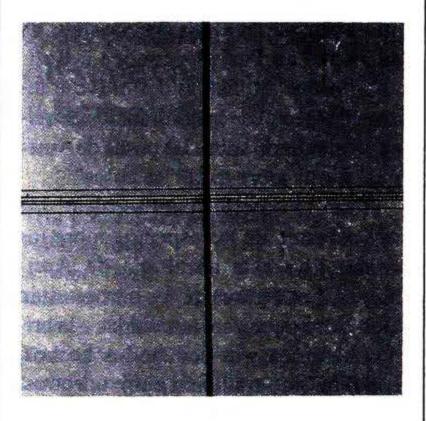
En cierta forma, en esta declaración, parte de una entrevista que el autor le hizo al poeta en 1986 y que ha sido incluida en esta biografía, está contenida toda la vida de Germán Pardo García. Y también todo el libro de Gustavo Páez Escobar, quien vivió su propia epifanía poética al entrar en contacto con la voz del bardo: sus poemas, su correspondencia y su hospitalidad en la casa de Río Támesis, en México, donde murió y vivió por tantos años.

No existe el pudor en estas palabras transcritas, pero el autor de Tempestad nunca lo tuvo: su razón de poeta fue siempre la exteriorización ansiosa de su propio interior, el afán desinhibido de hallar unos límites a sus profundidades, traumáticas desde la más tierna infancia. Pero el biógrafo también se niega a la distancia, al análisis crítico, al pudor. Su biografía es sólo el testimonio exaltado de su admiración, y la constancia de que esa admiración ha sido satisfecha -- nunca defraudada -- en el poema, la carta y el diálogo personal con el héroe carlyleano. Constancia que, por supuesto, implica un dejar hablar al poeta, dejarlo ser, dejarlo ver desangrándose.

Pero ello no tiene por qué hacerle honor necesariamente. Y tampoco lo hace conocer más. Si bien es cierto que los lectores asiduos de poesía colombiana barruntamos no pocos misterios detrás de nuestras lecturas del poeta de Ibagué (de quien a veces se ha escrito ser de Choachí, y es claro el porqué), no lo es menos que otros tantos misterios se realzan y vaporizan más en esta biografía. Es lástima que Pardo se haya ido a la tumba sin que nadie lo enfrentara (valga el verbo) en cuanto a la coherencia poética de sus desbordes cientificistas, en el hondo significado de su presunta estética griega, en el secreto de su prolífico quehacer métrico y sonoro; esto es, en el sentido real de su ingente obra poética. Porque -¿sobrará enfatizarlo?- no se escribiría una biografía de Pardo García si éste no fuese poeta (¿un gran poeta?); de nada sirve conocer la "enorme soledad" del eremita de Río Támesis, si no sabemos por qué debemos exaltarla o cómo la hizo grande el propio solitario.

Es claro que Páez aborda todos estos temas, pero siempre en el mismo
lenguaje de Pardo García y no precisamente bajo la pregunta coyuntural por
el sentido. Entonces, el amor a la ciencia y la devoción a Einstein son síntoma del genio; las altisonantes evocaciones griegas delatan al gran hombre;
todas las estrofas son creaciones perfectas... Todo ello carece del vigor de
lo afirmativo y más bien adolece de la
ineptitud de lo prejuzgado. Del triste
espectáculo, entre ridículo y lastimero
(sería trágico si no fuese espectáculo),
de la extinción de un hombre solo, al

parecer negado a todo comercio con el mundo, pero en cambio inverosímilmente consagrado a publicar libros de poemas. Una vida griegamente organizada dentro de unos límites modestos y una poesía —sabría el propio grecófilo poeta— exacerbadamente patológica, salida de todo límite.



Creo que el patetismo y la contradicción son los argumentos que aducen hoy no pocos detractores (aunque más bien son "ignoradores") de Pardo García, en otro tiempo candidato de parroquia al premio Nobel. Personalmente no adhiero a tales criterios y, confiado al principio de que "buen poeta es el que escribe buenos poemas", considero que Pardo lo es, así haya escrito unos cinco buenos poemas (creo que hay más) entre uno o dos millares. Ningún hombre pierde el tiempo y menos cuando se dedica a oficios inútiles. Por eso demando estudios serios, críticas pertinentes a una obra e interpretaciones que dejen los cadáveres en su sitio y valoren lo que puede seguir siendo vida.

Es de apuntar, finalmente, que la presente Biografía de la angustia arranca en su primera mitad hablando de un poeta vivo; en el 91, año de la muerte de Pardo García, el libro hacía la correspondiente eterna cola para ser convertido al sagrado lenguaje de los tipos de plomo; el suceso no modificó el enfoque sino que motivó un complemento final, repetición fastidiosa de todo lo dicho en la primera parte original. También es de destacar que Páez Escobar se ha propuesto desde hace un decenio rescatar el nombre y el prestigio del poeta entre sus coterráneos; el propósito parecía tener fines

prácticos hasta el 91. Hoy no ayudaría siquiera a que un mejor viento expandiese sus cenizas.

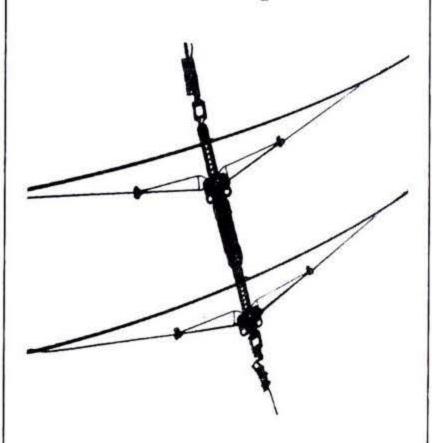
ÓSCAR TORRES DUQUE

Un capítulo más para la iconoclastia

Bolívar y Santander, vidas paralelas Germán Arciniegas Planeta, Memoria de la Historia, Santafé de Bogotá, 1995, 301 págs.

No hace mucho tiempo discutíamos con un amigo acerca de los méritos literarios del Libertador. Una de las conclusiones era que, sin ser brillantes en demasía, eran demasiado altos como para provenir de un soldado, y más aún de un político. Recordábamos cómo es posible pasar por las ochocientas páginas de algunos de los libros editados por el Congreso (no todos, por supuesto), sin encontrar en ellas una sola idea. Apoyados en Germán Arciniegas, recordábamos que en Bolívar no pasan dos párrafos sin que salga a relucir alguna idea interesante, inteligente. Por lo demás, Bolívar resulta abundante, prolijo. Es casi imposible concebir que desde los campos de batalla se puedan escribir veinte cartas, diez notas de instrucciones, tres proclamas y dos discursos en un solo día, en estilos y con ideas bastante disímiles. Recordábamos también de qué manera la iconoclastia de Arciniegas -o el decir simplemente lo que se piensa- lo llevó a que se le prohibiera la entrada en Venezuela y a casi a quedarse sin patria en la propia Colombia por haber dicho en Caracas, en 1968, que Simón Bolívar fue el primer indocumentado que pasó la frontera entre Colombia y Venezuela. Luego, en Bolívar y la revolución (1984), expresó que "Bolívar no fue más que un guerrero, el Libertador" y que "el resto es un mito de papel que se inventaron los manipuladores de la historia". Y, para completar, escribió que al Libertador no se le podía pedir consistencia, porque "se contradecía con un entusiasmo raro".

Creo que hay que ser ciego, o no saber leer, o tener el patriotismo por las nubes, para negar lo que con toda evidencia sostiene Arciniegas.



Pues bien: un par de días después de esta charla, mi amigo, que es uno de esos escritores superiores que no merecen ser editados entre nosotros, se apareció con un cuento, cuya lectura me impactó profundamente. El narrador era un tal Soto. Soto es una especie de lugarteniente, un amanuense del Libertador. Su función, y por ello se le paga y se le otorgan prebendas, es la de servir de "cerebro" del héroe. Mientras el uno guerrea, manda y recibe honores, el otro redacta cartas, proclamas, discursos, Constituciones, que el otro firmará. Soto está sentado en el pináculo de una colina que domina el panorama del Puente de Boyacá. Sabe que tiene que convertir en Termópilas la simple emboscada guerrillera que está contemplando, y que a cambio le espera una generosa retribución. Apartado de la batalla como un Homero omnipotente, sabe que su vida es acaso más importante que la de su propio jefe. Sabe que tiene un dominio sobre aquél, y que de algún modo lo tiene entre sus manos. Entre divertido, irónico y amargado, reflexiona acerca de la condición del escritor, del intelectual que descansa detrás del Poder. Como una especie de Cyrano de Bergerac criollo, tiene que apartarse cuando el Libertador se acerca al lecho de las amantes, que, en igualdad de condiciones, lo hubieran preferido a él. Un Bergerac más trágico aún, puesto que es apuesto y cede al otro únicamente en el manejo del Poder, esa